

## AFRICA, HUMILLADA

### (III)

El Africa subsahariana se encuentra dominada —es lo que se desprende de cuanto hemos venido escribiendo— por múltiples dictaduras, militares en su mayoría, que ignoran los derechos humanos y sojuzgan brutalmente a sus poblaciones.

La comprobación de estos hechos sería por sí solo un argumento suficientemente elocuente como para dictaminar el estrepitoso fracaso que ha supuesto para el hombre africano, el ciudadano medio y corriente, la tarea descolonizadora del continente. Desde el punto de vista humano, de poco sirve que los territorios coloniales hayan alcanzado la independencia si los africanos que los habitan se han visto inmersos —mediante tal cambio político— en un sistema que ignora y atropella sus derechos. Como afirma un destacado estadista africano, los regímenes surgidos de la independencia en el continente son más duros que los coloniales<sup>1</sup>. La arbitrariedad de unos déspotas —como Idi Amin o Seku Ture— han destruido la ilusión de que la descolonización fuese una etapa fecunda en la trayectoria política del Africa negra.

El panorama africano es aún más dramático si consideramos los inquietantes perfiles de hostilidad mutua que se advierten en tan complejo mosaico de Estados. Ya habíamos indicado que la artificiosidad de las fronteras, heredadas de la época colonial, es un constante vivero de discordias internas y exteriores. Las guerras del Sudán meridional, Katanga o Biafra fueron claro testimonio de los traumas internos que había ocasionado la intangibilidad, decretada por la OUA, de las fronteras coloniales<sup>2</sup>. Si en Europa, después de algunos siglos, se advierte el fuerte resurgir de las nacionalidades integradas en cada Estado, en Africa el fenómeno ha de revestir mayor vigor, puesto que allí no se ha pasado por la etapa previa del Estado aglutinador, ya que sólo

<sup>1</sup> Según el jefe Obafemi Awolowo, salvo una o dos excepciones, los Estados africanos oprimen a las masas más duramente aún que las potencias coloniales. (*Le Monde*, 19-20 diciembre 1976. Citado por LEANDRO RUBIO GARCÍA en *Revista de Política Internacional* número 152, p. 284.)

<sup>2</sup> El principio de la intangibilidad de las fronteras heredadas del colonialismo fue aprobado en la reunión de El Cairo de 1964.

como entequeia podemos considerar los que han surgido en la década de los años sesenta. Las etnias escindidas entre diversas colonias —ahora Estados— han de tender fatalmente a reagruparse constituyendo grupos nacionales homogéneos. Este hecho, que ha de producirse a plazo más o menos largo y cuyos balbuceos ya se presienten, repercutirá como un cataclismo sobre el actual mapa político de Africa. Por citar un ejemplo consignemos que la etnia o nación Zandé quedó separada entre tres administraciones coloniales diferentes: el Sudán británico, el Congo belga y el Africa Ecuatorial francesa. Y que esa separación persiste en la actualidad entre los estados que sucedieron a las citadas colonias. Evidentemente, hechos como éste no pueden perpetuarse porque afectan a los derechos inviolables del hombre y porque, aun en el Africa de las tiranías, se va abriendo paso la conciencia de las nacionalidades. Si la guerra de Biafra, contienda del pueblo Ibo para acceder a su propia personalidad, fue sistemáticamente ignorada —pese al millón de muertos— por la OUA en nombre de la intangibilidad de las fronteras, en el último cónclave de dicha Organización, en Libreville, han comenzado a manifestarse síntomas de que puede cambiar en el futuro tan absurda postura, con lo que se demostraría que existe alguna conjunción entre las aspiraciones de las etnias a su propia identidad y la vocación irredentista de los actuales estados. El año 1977 pudo haber significado el punto de inflexión que señalase la apertura hacia la corrección de las fronteras estatales vigentes. Aludimos a la reunión de Libreville del Comité de Mediación de la OUA en el conflicto somalo-etíope. Habida cuenta de las especiales características del asunto<sup>3</sup> pudo pensarse en una solución flexible, pero finalmente se impuso el dogmatismo de la intangibilidad.

Estos hechos hacen pensar que ese cambio, era radical mutación, que puede y debe producirse en el mapa político africano revestirá menos la forma de un *consensus* jurídico prudente y razonado que el choque sangriento que es habitual en el continente cuando las etnias o nacionalidades dialogan.

<sup>3</sup> La inequívoca realidad de unas tribus somalíes, habitantes del Ogaden, separadas del resto de su nacionalidad por unas fronteras artificiales y englobadas por la fuerza en el antiguo Imperio etíope. «En 1884 y 1886 dichas tribus y la Gran Bretaña firmaron acuerdos "para el mantenimiento de la independencia y el orden". El tratado angloetíope de 1897 creaba la frontera del protectorado de Somalia y transfería a la soberanía y jurisdicción del Imperio abisinio los territorios habitados por las tribus protegidas. Esto originó interminables violencias, puesto que los somalíes no se conformaron jamás con la delimitación del protectorado, al ser los habitantes de Somalia los mismos que los del Ogaden etíope. De tal forma existe una nutrida masa de seres de ciudadanía etíope que poseen una vinculación étnica profunda con los somalíes y que se encuentran escindidos por fronteras políticas» (JULIO COLA ALBERICH: «Un área turbulenta de Africa», *Revista de Política Internacional*, número 91, mayo-junio 1967, p. 132).

## EL CONFLICTO SOMALO-ETÍOPE

La OUA desperdició en Libreville una ocasión extraordinaria de evitar por más tiempo la humillación que implica que amplios grupos de poblaciones se encuentren dominados —frecuentemente por la fuerza de las bayonetas— por Administraciones a las que son totalmente ajenos. En tal sentido la atención se dirige con preferencia hacia la explosiva situación por la que atraviesa una de las regiones neurálgicas del continente: el llamado «cuerno de Africa».

Allí se llegó al delirio durante la época colonial en la transferencia de etnias, su disgregación o amalgamación —según los casos— entre los territorios que ocupan aquel inmenso espacio. A consecuencia de ello surgieron profundos resentimientos, muy difíciles de ser mitigados, entre Etiopía, Somalia, Kenya y Sudán. Y esas querellas se han reanudado tras la reciente independencia de la República Democrática de Yibuti. La citada región, en razón de sus múltiples y antagónicos irredentismos, estaba llamada a ser un polvorín dentro del continente, tal como advertíamos hace un decenio<sup>4</sup>.

A las razones puramente étnicas que inspiran el conflicto en el «cuerno de Africa» pueden agregarse otros motivos de origen foráneo que revisten capital importancia. Entre ellos, que el continente africano se está transformando en el campo de maniobra donde la superpotencia soviética dirime intereses fundamentales. En Africa, la URSS y los países del bloque socialista (Cuba en primer término) pretenden instaurar una hegemonía que resultaría decisiva en su confrontación con el Oeste. Los Estados Unidos, cuya política exterior se ve severamente controlada por el Congreso tras del desastre vietnamita, se ve forzada a inhibirse ante la decidida actuación del Kremlin, sin que por ello desperdicie ninguna ocasión de crear dificultades a su rival.

El espectacular fracaso de Moscú en Egipto determinó que los dirigentes soviéticos elaborasen un plan de altos vuelos para su aplicación en el Africa subsahariana. El éxito conseguido en Angola ha impulsado sus ambiciones, aunque el contratiempo del Zaire amenazaba con desmoronar el edificio tan laboriosamente construido. Zaire, por su posición geográfica y sus riquezas naturales, debía convertirse, según los planes trazados en Moscú, en el foco central de una influencia soviética que irradiase a todo el continente. El fracaso militar de la invasión «katanguña» alteró la serenidad de los dirigentes del Kremlin y les alentó a buscar precipitadamente —lo que no quiere decir

<sup>4</sup> JULIO COLA ALBERICH, *op. cit.*

irreflexivamente—un Estado de repuesto que cumpliera análoga misión. Fue un acto arriesgado exponerse a perder su sólida posición en Somalia eligiendo la alianza muy incierta que les brindaba una Etiopía maltrecha, caótica, devorada por plurales e intensos movimientos separatistas que corroen cualquier vestigio de autoridad en el antiguo Imperio. Pero la usurpación del poder por el coronel Mengistu Haile Mariam, de ideas radicalmente revolucionarias, ofrecía una oportunidad única para Moscú de consolidar su influencia tras de la poco afortunada experiencia zairota. Moscú no vaciló, y la visita del presidente del Derg al Kremlin consagraba de forma definitiva el vasallaje etíope.

Decimos que la alianza sovieto-etíope ha sido un acto precipitado porque tal vez no midieran los jerarcas moscovitas el alcance de sus repercusiones en el «cuerno de Africa», las cuales, en un examen sereno, no podían resultar excesivamente favorables a la URSS. También entra en lo posible que se decidieran a apostar por Addis Abeba movidos por antecedentes que permanecen en el más estricto secreto. No puede descartarse dicha posibilidad. Pero si nos basamos en los datos que son del dominio público, la alianza entre Moscú y Addis Abeba puede calificarse de arriesgada en sumo grado.

La primera consecuencia negativa ya se ha producido y consiste en la confrontación militar somalo-etíope, que está destruyendo la identificación lograda entre Somalia y la URSS durante dos lustros de profunda amistad<sup>5</sup>, debido al apoyo soviético a Etiopía, especialmente bajo la forma de masivos suministros de armamento.

«La colaboración entre Moscú y Mogadiscio alcanzó su punto culminante con la firma del Tratado de Amistad soviético-somalí en julio de 1974. El presidente soviético Podgorny obsequió a Somalia con un escuadrón de siete aviones de combate «Mig-21», lo que hacía ascender a cincuenta los aparatos de combate somalíes. Los 17.000 hombres de las fuerzas armadas están bien equipados con armas soviéticas y se calcula en 2.500 los consejeros militares soviéticos que residen en el país»<sup>6</sup>. Ultimamente se ha sabido que el número de dichos consejeros era de unos 6.000.

<sup>5</sup> «A los ojos de los somalíes, Moscú ha elegido apoyar, por motivos de oportunidad, al enemigo hereditario etíope y, ocurra lo que ocurra, el clima entre Somalia y la Unión Soviética ya no será nunca el mismo.» «Entre los somalíes, algo se ha roto en lo más profundo de su ser», opina un diplomático árabe, que, no obstante, prevé, como la mayoría de sus colegas destinados en Mogadiscio, no una ruptura brutal, sino una gradual congelación de relaciones entre los dos países» (JEAN-CLAUDE POMONTI: «Les réactions antisoviétiques se multiplient à Mogadiscio», *Le Monde*, 23 septiembre 1977).

<sup>6</sup> DIRK KUNERT: «Wars of National Liberation, the Super-Powers and the Afro-Asian Ocean Region», *The South African Institute of International Affairs*, marzo 1977, p. 40.

En definitiva, Somalia venía disfrutando de considerable ayuda soviética. Un país de algo más de tres millones de habitantes, cuyo producto nacional apenas alcanzaba (en 1972) los 300 millones de dólares, había recibido durante el último quinquenio una ayuda económica soviética de 32 millones de dólares y una ayuda militar del Kremlin de 132 millones<sup>7</sup>. Esta cuantiosa ayuda la proporcionó Moscú como contrapartida del uso de la base naval de Berbera, de gran importancia para el dominio del mar Rojo y el control del golfo Pérsico y del puerto de Kisimaio, en el océano Indico. Así, en abril de 1975, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos recibió información confirmando los rumores de que la URSS estaba acumulando misiles en la base naval de Berbera, cuyo alcance le permitiría bloquear el golfo Pérsico y el mar Rojo en tiempos de crisis. Una delegación norteamericana—invitada por el presidente Barre para que confirmara su negativa a la veracidad de tales informes—descubrió evidencias que indicaban que la URSS estaba instalando misiles en Berbera<sup>8</sup>.

La Unión Soviética, en resumen, había logrado alcanzar en Somalia una posición predominante además de disponer de una base naval de valor inapreciable. En Somalia la URSS había conseguido una influencia absoluta. «La llamada República Democrática (de Somalia) ha sido convertida virtualmente en un satélite soviético.» Habiendo derribado el viejo régimen en octubre de 1969, la Junta Militar ha introducido desde entonces las políticas revolucionarias con el objetivo de crear un sistema basado en el «marxismo-leninismo»<sup>9</sup>. El presidente Barre se dirigía posteriormente a la URSS para que le ayudase a instalar su programa revolucionario. En un discurso, en julio de 1972, en el Centro de Orientación Política para Oficiales, rechazó el «socialismo africano» y otras formas de socialismo, excepto el marxismo-leninismo. Yuri Andropov—presidente de la KGB—también visitó Mogadiscio para ayudar al régimen de Barre a reorganizar los servicios de inteligencia y seguridad de Somalia; los oficiales disidentes fueron deportados a la URSS para «entrenamiento», un eufemismo que significa el lavado de cerebro; estudiantes somalís fueron entrenados en tareas ideológicas y de organización en la Unión Soviética y se cumplieron «programas de orientación» política de tres meses bajo la dirección soviética. Además, el 60 por 100 del cuerpo de oficiales somalís ha

<sup>7</sup> *The Military Balance 1975-6*, *Sunday Times*, 8 febrero 1976.

<sup>8</sup> Declaraciones del senador Bartlett al *New York Times*, 7 julio 1975.

<sup>9</sup> SIAD BARRE: *Why we Chose Scientific Socialism*, Mogadiscio, 1975.

sido entrenado militarmente en la URSS. En febrero de 1972 el ministro de Defensa soviético, Grechko, visitó Mogadiscio, donde firmó un acuerdo con implicaciones bélicas, prometió ayuda para equipar el aeropuerto y el puerto de Berbera a cambio de utilizar esas instalaciones. Consecuentemente, Berbera es en la actualidad un puerto donde las unidades navales soviéticas que operan en el océano Indico pueden anclar, aprovisionarse y efectuar reparaciones»<sup>10</sup>.

«Según los informes americanos, los rusos tienen en Berbera un dique seco flotante con capacidad para barcos de 8.000 toneladas, un gran aeródromo, instalaciones para el almacenamiento de misiles y varios cuarteles. Existen instructores soviéticos para las fuerzas aéreas somalíes que usan material soviético y los servicios de seguridad están entrenados y controlados por la KGB. Los aviones con base en Berbera podrían usar Aden y entre ambas bases cubrir la vigilancia de toda el área noroeste del océano. Somalia proporciona así a la URSS una base desde la que pueden operar sus fuerzas armadas. Cuando se piensa que las bases soviéticas más próximas están en el mar Negro y en Vladivostok, Berbera aumenta su importancia, tanto en términos de poder militar como psicológico»<sup>11</sup>.

La simple consideración de tales ventajas, que laboriosamente había logrado la Unión Soviética en Somalia, es la que nos induce a calificar de precipitada la alianza sovieto-etíope, puesto que en caso de conflicto entre Mogadiscio y Addis Abeba Moscú se aventuraba a perder tales ventajas si el Gobierno somalí comprobaba un apoyo militar decisivo del Kremlin a su enemigo.

De lo expuesto parece deducirse que Moscú sobreestimó su influencia, llegando a la conclusión de que Mogadiscio no podría desarrollar ninguna política que no contase previamente con la aprobación suya. Por supuesto, los dirigentes soviéticos jamás aceptarían que atacase a un régimen etíope que se ha convertido en su vasallo incondicional. Pero la URSS, como antes los Estados Unidos y otras potencias, ha demostrado conocer insuficientemente el temperamento africano infravalorando el peso específico que allí supone todavía el llamado «nacionalismo» cuando actúa movido por razones étnicas. La adhesión a la etnia es más fuerte en Africa que cualquier otro sentimiento (ideología, etc.) y es el único motivo que puede impulsar al africano al combate más desesperado.

<sup>10</sup> DIRK KUNERT, *op. cit.*

<sup>11</sup> T. B. MILLAR: «The Indian Ocean in International Strategy», *International Affairs Bulletin*, vol. 1, núm 1, Johannesburgo, 1977.

Por muy marxistas que puedan ser Barre o sus colegas se sienten sólidamente ligados por vínculos indestructibles con aquellas tribus somalíes que habitan el Ogaden bajo autoridad etíope. La reincorporación del Ogaden ha sido—desde su aparición como Estado soberano—la aspiración fundamental de Somalia y ningún Gobierno puede renunciar a ella sin traicionar el anhelo de todos sus compatriotas. En el alma somalí se mantiene abierta la herida causada por el colonialismo británico hace ochenta años<sup>12</sup> cuando transfirió a Etiopía la administración sobre las tribus nómadas somalíes que habitan ese desierto.

Cuando Haile Selassie fue destronado y Etiopía cayó en el caos, los dirigentes de las tribus somalíes del Ogaden, alentados por Mogadiscio, comenzaron a prepararse para llevar a la práctica sus anhelos nacionales, seguros de que el ejército etíope, destrozado por las purgas, las rivalidades y el acoso de los guerrilleros secesionistas (eritreos y de otras filiaciones), resultaría incapaz de resistir una nueva acometida militar. En los momentos iniciales del colapso del viejo Imperio la propia Somalia no hubiera encontrado obstáculos insuperables de tipo diplomático para llevar adelante una ayuda decisiva que contribuyera a la liberación del Ogaden, puesto que el régimen de Addis Abeba se encontraba aislado internacionalmente. Pero los guerrilleros somalíes del Movimiento de Liberación del Ogaden no se encontraban debidamente preparados para lanzarse a la ofensiva y fue preciso dejar pasar un tiempo precioso. El panorama varió radicalmente cuando Moscú comenzó a maniobrar con el fin de atraer a Etiopía dentro de su órbita. «En la primavera de 1976 las autoridades pro soviéticas de Aden cerraron las Oficinas del Frente de Liberación de Eritrea y multiplicaron los testimonios favorables a Addis Abeba. A su vez, los soviéticos desaconsejaron a sus aliados somalíes que lanzaran sobre la provincia del Ogaden, que reivindican, un ataque abierto, que dada la extremada debilidad política y militar de Etiopía, tenía grandes oportunidades de éxito»<sup>13</sup>.

Ya en este año la inesperada visita de Mengistu a Moscú y subsiguiente firma del tratado con la URSS introducía un nuevo factor. A pesar de ello, Mogadiscio siguió adelante con sus planes de apoyar militarmente el levantamiento de los somalíes del Ogaden, si bien Barre procuraba tranquilizar a su aliado soviético multiplicando declaraciones inocuas. Así, declaraba a *Newsweek* que el coronel Mengistu es

<sup>12</sup> Vid. JULIO COLA ALBERICH, *op. cit.*

<sup>13</sup> J. C. GUILLEBAUD: «Grandes manoeuvres autour de la mer Rouge», *Le Monde*, 27-28 febrero 1977.

un «espíritu maligno que persevera en un sangriento genocidio», pero que Mogadiscio no rompería con Moscú a pesar del apoyo del Kremlin al régimen etíope. Aunque Mogadiscio siguiera vacilando algún tiempo debido a las enérgicas presiones de Moscú y a la necesidad de esperar a que terminase la preparación militar de los guerrilleros somalíes, la decisión estaba tomada, puesto que Somalia no podía renunciar a su máximo ideal de reincorporar el Ogaden.

Cuando se produjo la ofensiva contra las fuerzas armadas etíopes, para atenuar las consecuencias, se tuvo buen cuidado que fueran los hombres del FLSO (Frente de Liberación de Somalia Occidental) quienes rompieran el fuego. Con ello se trataba de evitar el grave riesgo de una ruptura con la Unión Soviética, de la que depende Somalia en el plano militar debido a la política que ha seguido el Gobierno de Barre desde la toma del poder.

En otro orden de cosas, la postura soviética de conceder pleno apoyo a una Etiopía maltrecha resulta arriesgada, porque con el compromiso adquirido la Unión Soviética se sitúa abiertamente en contra de los países árabes moderados que están resueltos a mantener el mar Rojo fuera de la hegemonía soviética y cuyos propósitos quedarían frustrados en el caso de que al consolidarse el régimen de Mengistu, éste cediese a su aliado los puertos de Assab y Massaua. Especialmente Egipto y Sudán —y Arabia Saudita tras de ellos— no ven con buenos ojos tal posibilidad. De ello puede deducirse que la política que Moscú viene practicando en el «cuerno de Africa» está desterrando, tal vez definitivamente, la posibilidad de una reanudación de su amistad con El Cairo, al par que aproxima a Somalia a los países de la Liga Árabe más resueltamente antisoviéticos. Más aún, se está produciendo el fenómeno de que la lucha somalí atrae en su apoyo a ciertos países árabes que no pueden ser sospechosos en modo alguno de antisovietismo. Este es el caso de los pilotos iraquíes que están ayudando activamente a la fuerza aérea somalí. Por el contrario, los pilotos etíopes están siendo entrenados en la URSS, Moscú ha enviado alrededor de un centenar de aviones a Addis Abeba y, lo que es más grave, en la aviación etíope están desempeñando un papel primordial los pilotos judíos enviados por Israel. De proseguir el conflicto podríamos asistir a la concentración en el bando somalí de las fuerzas árabes sin distinción de matices, mientras que en el otro, el etíope, quedarían cubanos, israelíes y soviéticos. No cabe dudar que esta perspectiva —que ya se está esbozando— definiría a Moscú como el adversario de los pueblos árabes y el gran apoyo de otros Estados que combaten contra ellos



ayudados por Israel. Si llegara a robustecerse esta situación, la URSS habría perdido definitivamente toda posibilidad de entendimiento con el mundo árabe, tanto moderado como radical. Tales argumentos justifican el calificativo de arriesgada que aplicamos a la reciente política inaugurada por el Kremlin en el «cuerno de Africa». Política que, por otra parte, parece definitivamente consolidada, puesto que el fracaso de las conversaciones celebradas en Moscú entre Siad Barre y tres dirigentes del Kremlin<sup>14</sup> —sin que llegara a ser recibido por Breznev— demuestran que Moscú ha elegido de forma categórica a Etiopía.

Para consolidar el tambaleante régimen de Mengistu y librarle del asedio de sus múltiples enemigos (los diversos Frentes de Liberación: ELF, EPLF, ELF-PLF, EDU, FLSO, TPLF, ALF, EPRF<sup>15</sup>) ha sido preciso el envío de grandes cantidades de técnicos cubanos y de otras nacionalidades<sup>16</sup>, mientras que Moscú, Berlín y Praga suministraban los armamentos necesarios.

Entre los hechos anómalos cabe destacar la pasividad que ha demostrado el Sudán, a pesar de que se encuentra involucrado indirectamente en el conflicto. El régimen de Numeiri, decididamente anticomunista, contempla con creciente preocupación el esfuerzo de rearme que realiza Etiopía mediante la ayuda militar soviética y la colaboración de los «técnicos» cubanos. En su conferencia de prensa del 30 de enero de 1977 el presidente sudanés había proclamado su apoyo a la causa de Eritrea «hasta su independencia» como contrapartida a la ayuda etíope a los mahdistas sudaneses. Más bien que un desafío las palabras del presidente podían considerarse como una advertencia dirigida a Addis Abeba para que rechazase la tentación de intervenir en los asuntos internos de su vecino. No obstante, la situación adquirió un perfil inquietante cuando se produjo la invasión de Shaba por los «gendarmes katanguenses». En aquella ocasión el presidente Sadat ayudó decisivamente al general Mobutu alegando, entre otras razones, la necesidad de evitar un peligro a Sudán, con quien Zaire tiene fronteras comunes. De haberse instalado en Kinshasa un régimen revolucionario mediante el triunfo de la invasión de Shaba, las provincias meridionales sudanesas (Equatoria, Bahr el Gazal, Alto Nilo) hubiesen quedado expuestas a la influencia e instigación zairotas, con riesgo de que se reprodujera la guerra que durante diecisiete años llevaron a cabo

<sup>14</sup> Visita de tres días iniciada el 28 de agosto.

<sup>15</sup> Respectivamente: Frente de Liberación de Eritrea; Frente de Liberación del Pueblo Eritreo; Frente de Liberación de Eritrea-Fuerzas Populares de Liberación; Unión Democrática de Etiopía; Frente de Liberación de Somalia Occidental; Frente de Liberación del Pueblo de Tigré; Frente de Liberación de Afar, y Partido Revolucionario del Pueblo Etíope.

<sup>16</sup> Debe insistirse en la presencia de pilotos aviadores enviados por Israel.

los rebeldes de Anya-Nya, ayudados eficazmente por Etiopía. Sudán, descartado el peligro de Zaire, que fue conjurado oportunamente, debe atender preferentemente al de una Etiopía armada hasta los dientes por el Kremlin, sin que por ello olvide que en el extremo noroeste se extiende una frontera común con Libia, decididamente hostil al régimen de Jartum y aliada de la Etiopía revolucionaria, hasta el extremo de que es el dinero libio quien paga las armas enviadas por Moscú a Addis Abeba <sup>17</sup>.

La pasividad de Jartum <sup>18</sup> ante el conflicto bélico del Ogaden sólo puede explicarse, pues, en virtud del temor a un ataque libio en el caso de beligerancia con Etiopía. He aquí cómo la precipitada decisión del Kremlin de escoger a Etiopía como pieza de recambio tras el fracaso de Zaire no carecía de una sólida valoración de los elementos en juego: Sudán neutralizado por Libia y Somalia precisada a actuar, para no irritar excesivamente a Moscú, solapadamente bajo la fachada del FLSO, sin poder lanzar a fondo sus fuerzas militares.

El otro Estado implicado en los conflictos del «cuerno de Africa» es Kenya, puesto que Somalia reivindica también importantes territorios de dicho país, en las provincias del Norte. Mogadiscio reclamó, antes de que la Gran Bretaña concediese la independencia a Kenya, que dichas tribus y territorio <sup>19</sup> fuese incorporado a la República de Somalia sin ningún resultado, puesto que el Gobierno británico se negó a alterar las fronteras kenyanas.

Como Mogadiscio no ha cesado nunca en sus reclamaciones, resulta comprensible que en Nairobi no se haya calmado la inquietud, que llegaba a su punto culminante cuando el 27 de junio de 1977 3.000 soldados somalíes lanzaban un ataque por sorpresa contra un puesto de policía keniano situado cerca de Ramu, en el noroeste del país. El comunicado oficial de Nairobi, publicado el 29 de junio, decía que el balance de estos enfrentamientos fronterizos se elevaba a trece muertos (seis policías kenyanos, un teniente y seis soldados somalíes), así como 35 heridos somalíes. Las autoridades de Mogadiscio atribuían

---

<sup>17</sup> Numeiri declaraba, el 10 de junio, que 2.500 técnicos militares cubanos se encuentran en Etiopía para enseñar a las tropas etíopes el manejo de las nuevas armas adquiridas en la URSS que han sido pagadas por Libia.

<sup>18</sup> En el conflicto somalo-etíope, Sudán sólo ha participado indirectamente mediante el hecho de que, ante la posibilidad de un ataque de las tropas de Jartum, Addis Abeba ha concentrado en sus fronteras fuertes contingentes militares que le hubieran sido muy útiles en el Ogaden.

<sup>19</sup> «Las regiones del Norte, en su extremidad oriental, y nordeste de Kenya, limítrofes con la República de Somalia, están ocupadas por tribus de origen somalí (unos 150.000 seres) que gravitan en torno a los núcleos urbanos de Mandera y Wajir. Por su filiación étnica y costumbres son distintas de las tribus Boran, Kamba y Galla, en cuyos límites viven, que son la avanzada de las tribus propiamente kenyanas» (JULIO COLA ALBERICH, *op. cit.* p. 138).

la responsabilidad de los incidentes al «Ejército secesionista shifta». Durante la visita a Nairobi, a mediados de agosto, del ministro francés de Asuntos Exteriores, Guiringaud, los dirigentes de Kenya le exponían sus inquietudes acerca de las intenciones somalíes. «Los kenyanos no se hacen ilusiones: si Somalia logra "recuperar" por la fuerza de las armas el Ogaden, el noroeste de Kenya será su próximo objetivo. Una reciente misión oficial somalí a Nairobi no lo ha disimulado»<sup>20</sup>.

Somalia se ha encontrado prácticamente sola en su confrontación con Etiopía. Esto se demostró durante la reunión celebrada en Libreville por la Comisión de Mediación de la OUA, compuesta por ocho países<sup>21</sup>. La delegación somalí fracasó en sus esfuerzos para que fuesen invitados representantes del FLSO, por lo que abandonó la Conferencia en señal de protesta mientras que la Comisión adoptaba una resolución reafirmando la intangibilidad de las fronteras heredadas del colonialismo, lo que equivale a negar que el Ogaden se incorpore a Somalia. De otra parte, Estados Unidos, Francia y el Reino Unido, que habían prometido a Mogadiscio en los momentos iniciales del conflicto el envío de armamentos reconsideraban el asunto<sup>22</sup> y París llegaba a prohibir el envío de los mismos a los guerrilleros del FLSO. Tan sólo algunas ayudas verbales<sup>23</sup> ha recibido Mogadiscio. En este palpable desinterés ha pesado decisivamente la firme postura moscovita. El Kremlin ha jugado a fondo la carta etíope y sus declaraciones no dejaban lugar a dudas acerca de sus intenciones de no consentir la desmembración del antiguo Imperio. La prensa soviética condenaba la «injerencia armada en los asuntos internos de Etiopía bajo el pretexto de aplicar el principio de autodeterminación» y subrayaba que «las operaciones militares, al tener lugar en territorio etíope, muestran que Etiopía es víctima de una intervención extranjera» asegurando que «tropas regulares somalíes participan en los combates» (24).

Por otra parte el Ejército etíope —aconsejado por los militares soviéticos y cubanos— ha actuado con inteligencia en el Ogaden renunciando a defender las posiciones y poblados del inmenso desierto que cayeron fácilmente en manos somalíes, concentrándose en la defensa de lugares de gran valor estratégico (Jijiga, Dire Dawa y Harrar).

<sup>20</sup> MAURICE DELARUE: *Le Monde*, 14-15 agosto 1977.

<sup>21</sup> Nigeria, Liberia, Senegal, Camerún, Tanzania, Mauritania, Lesotho y Gabón.

<sup>22</sup> Wáshington y París anunciaban el aplazamiento del envío de armas a Somalia el 1 de septiembre, y Londres lo anunciaba al día siguiente.

<sup>23</sup> Como la de Pekín, que el 18 de agosto se pronunciaba a favor de Somalia.

<sup>24</sup> *Izvestia*, 18 agosto 1977.

«A corto plazo, la relación de fuerzas demográficas entre la pequeña Somalia de cuatro millones de habitantes y la Etiopía de treinta millones juega a favor de esta última. Si puede esperar así «conquistar» todo el Ogaden, Somalia no está segura de poderlo conservar frente a una contraofensiva que ya se esboza»<sup>25</sup>.

\* \* \*

El otro grave conflicto al que se enfrenta Etiopía es la sangrienta guerra de Eritrea, producto de la descolonización italiana. En 1950, la Comisión Política Especial de las Naciones Unidas adoptaba la decisión de constituir a Eritrea en «unidad autónoma federal con Etiopía, bajo la soberanía de la Corona etíope». La resolución preveía que el Gobierno de Eritrea poseía los poderes legislativos, ejecutivo y judicial en los asuntos internos, mientras que la jurisdicción del Gobierno federal se extendía a los asuntos exteriores, defensa nacional, presupuestos, comercio y puertos. La resolución aseguraba la igualdad absoluta de derechos entre los habitantes de la Federación. Desde 1952 a 1962, Eritrea constituyó, efectivamente, esa unidad federada de Etiopía, pero desde dicha fecha Addis Abeba, unilateralmente, revocó ese régimen para integrar a Etiopía como una provincia más del Imperio, que consolidaba de tal forma su salida al mar. Esta violación de las resoluciones de la ONU y el dogma de la intangibilidad de las fronteras coloniales no fue censurada en los areópagos internacionales. Pero el pueblo eritreo, al ver humillados sus derechos, se lanzó a la lucha armada, comenzando una larga guerra. Durante los últimos años del reinado de Haile Selassie la acción bélica se agudizó y los comandos eritreos lograron liberar parte del territorio. El destronamiento del emperador suscitó esperanzas de que el régimen militar decidiese resolver el conflicto eritreo en la Mesa de negociaciones. No obstante, sucedió lo contrario, puesto que aquellos militares que se presentaban como liberadores del pueblo frente a los yugos impuestos por el poder imperial, decidieron aplicar, frente al pueblo eritreo, un auténtico genocidio. «La radicalización extrema de la revolución etíope, la política de represión a ultranza en Eritrea, reanudada por los militares de Addis Abeba, el apoyo proporcionado por Etiopía a los oponentes sudaneses: todo esto hacía imposible el mantenimiento del *modus vivendi* establecido en tiempos del Negus»<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> JEAN-CLAUDE GUILLEBAUD: *Le Monde*, 31 agosto 1977.

<sup>26</sup> JEAN-CLAUDE GUILLEBAUD: «Orages sur la mer Rouge. III. Khartoum: le pion fragile?», *Le Monde*, 24 junio 1977.

## AFRICA, HUMILLADA

En julio de 1977, el Frente de Liberación de Eritrea aseguraba controlar el 90 por 100 de su territorio. Esto se ha conseguido al precio de espantosos sacrificios. «El derecho a la independencia es inalienable. El pueblo eritreo lo ha probado suficientemente por los inmensos sacrificios que ha arrostrado: cien mil muertos, mil poblados arrasados, setecientos mil seres desarraigados, de los cuales doscientos mil se han refugiado en el Sudán, millares de hectáreas de cultivos reducidos a cenizas y centenares de millares de cabezas de ganado muertas. El pueblo eritreo no siente ningún odio del pueblo etíope. Al contrario, desea el éxito de la lucha de las masas etíopes oprimidas. Los patriotas y los progresistas que están siendo aplastados por el Derg saben hoy mejor que la lucha del pueblo eritreo, que tanto ha contribuido a destruir el régimen feudal, es el mayor apoyo a su combate»<sup>27</sup>. Pero el genocidio impuesto por el régimen militar de Mengistu continúa, apoyándose en los tanques soviéticos y en la aviación ultramoderna que Moscú ha facilitado al tirano etíope. La ONU, que exige la autodeterminación, no recuerda que nadie consultó a los eritreos cuando decidió incorporarlos a Etiopía.

\* \* \*

Como hemos tenido ocasión de apreciar en nuestra exposición del sangriento conflicto etíope-somalí (uno de los muchos episodios bélicos que desgarran el continente), de esta confrontación se derivan dos consecuencias bien definidas.

La primera es que el riesgo de implicaciones foráneas, en mayor escala que la actual, puede conducir a una amplia confrontación militar. En definitiva, la guerra somalo-etíope y etíope-eritrea son, sin lugar a dudas, gravísimas «amenazas contra la paz mundial». No obstante, ante esta situación explosiva, los organismos internacionales que debieran sentirse justamente alarmados y que, en cumplimiento de la misión que les corresponde, debieran multiplicar sus esfuerzos para hallar una solución al enfrentamiento en los campos de batalla, permanecen silenciosos e indiferentes sin que nadie se agite reclamando rápidas gestiones de paz. Por el contrario, los oradores que se suceden en la tribuna de la Asamblea General de la ONU exigen medidas urgentes y drásticas contra la República Sudafricana que no mantiene ningún conflicto bélico con sus vecinos. ¿Se trata de cequera onusiana? ¿O, más bien, que las Nacio-

<sup>27</sup> NAFI KURDI: «L'Afrique face au drame érythréen», *Le Monde*, 18-19 septembre 1977.

JULIO COLA ALBERICH

nes Unidas sólo se atreven a considerar los casos en que está implicado un Gobierno blanco?

En segundo lugar, la presencia en el cuerno de Africa, en ambos bandos en litigio, de militares cubanos, soviéticos, israelíes y de otras nacionalidades, confirma, una vez más, que los pueblos africanos están siendo humillados de forma permanente por elementos extracontinentales que se aprovechan de las situaciones de emergencia para asumir posiciones privilegiadas de poder. Es de temer que el proceso descolonizador de Africa, prácticamente terminado, esté siendo continuado por otro *recolonizador* a cargo de ciertas potencias ajenas al continente.

JULIO COLA ALBERICH